



Adviento 1 Año A

[RCL] Isaías 2:1-5; Salmo 122; Romanos 13:11–14; Mateo 24:36-44

Los cristianos celebramos hoy el primer domingo de Adviento con el inicio del nuevo Año litúrgico, como tiempo que precede a la Navidad y cuando nos preparamos para el nacimiento y ad-venimiento de nuestro Señor Jesucristo. La lectura de hoy se ubica en el último de los cinco sermones de Jesús en el Evangelio de Mateo: el discurso sobre el final de los tiempos o discurso escatológico. Efectivamente, el Adviento en sentido bíblico refiere a dos advenimientos o venidas del Señor: la primera ya ha tenido lugar en Belén de Judea con la Natividad de Jesús; la segunda, es la llegada futura o “segunda venida” de Jesús al mundo instaurando un nuevo momento en la historia de la salvación.

Lo interesante es que, aunque ambas “venidas” son manifestaciones o Cristofanías perfectas de Dios mismo habitando entre nosotros, pareciera que son enteramente opuestas. De hecho, suscitan en nosotros sentimientos y expresiones contrarias. La “primera” venida, la Navidad, es el amor y la ternura infinita de Dios que se dona al mundo. Es generadora de alegría y se expresa en cosas sencillas alrededor de un recién nacido débil y vulnerable: pesebres, villancicos, comida, fiesta en las casas, reconciliación familiar. La “segunda” venida transmite una imagen para nada tierna. Solemos decir que en ella Jesús vendrá con “poder y majestad” y que instaurará el “juicio de las naciones”, que significará la vida eterna para los salvados y el eterno sufrimiento para los condenados. Son imágenes realmente impactantes, que han atemorizado a la cristiandad de todas las épocas.

En este primer domingo de Adviento, meditemos sobre ¿qué es lo que realmente quiso transmitir la comunidad cristiana de finales del siglo primero?, ¿qué es lo que nos trata de enseñar el Maestro, a través de esta palabra?, ¿cómo podemos leer este discurso escatológico en la perspectiva del Ad-venimiento del Hijo de Dios?

Este Evangelio lo escriben comunidades cristianas de origen judío que han roto con el Templo y con las autoridades de Jerusalén, han sido expulsadas de las sinagogas y son perseguidas por parte de Roma y del nuevo judaísmo rabínico oficial, cuando han pasado más de ochenta años de la partida de Jesús. Son comunidades que viven desplazadas, rechazadas por los suyos, perseguidas, con temor y desesperanza. Esta inseguridad afecta sus creencias más firmes y hace que duden de su fidelidad al Señor resucitado y que cuestionen sus certezas. Una de esas certezas tiene que ver con la esperanza en el pronto retorno o segunda venida de Cristo. El contexto de la época es de una mentalidad apocalíptica, pero para estas primeras

comunidades cristianas la apocalíptica no habla del futuro, sino del presente que ellas enfrentan y del juicio necesario ante la injusticia y persecución que experimentan. En medio de su crisis, esperan la pronta venida de Cristo resucitado (parusía) como inminente. Pero pasan los años y el Señor no viene. La comunidad busca revitalizar su fe, busca fuerza y aliento, pero el Cristo resucitado parece no responder a su lógica inmediateista. Era evidente que su regreso se retrasaba más de lo previsto, que la espera se hacía demasiado larga.

¿Cómo mantener viva la esperanza?, ¿cómo no caer en el desaliento, el cansancio, la frustración, la desesperanza? El Evangelio de Mateo en los capítulos 24 y 25 responde a esta situación y tiene como objeto mantener viva la esperanza, la resistencia y la responsabilidad de las comunidades cristianas en Palestina, invitando a los creyentes a mantenerse fieles a pesar de las circunstancias difíciles y la postergación de la segunda venida.

El planteamiento central del texto es la preparación para *la venida del Hijo del Hombre* (se repite cuatro veces: vv. 37, 39b, 42 y 44). Los discípulos ya habían preguntado a Jesús: ¿cuándo será tu venida? (v. 3). Jesús responde a esta pregunta, a partir de historias de la tradición y comparaciones pedagógicas desde (a) Noé y el diluvio universal, pasando por (b) la cotidianidad de campesinos y campesinas palestinos, hasta la imagen nada tranquilizadora de (c) un ladrón que amenaza a un padre de familia. Tres historias que son las claves de interpretación del texto.

Escucha atenta. De entrada Jesús nos recuerda la historia de Noé. Resalta la imagen de quienes estaban distraídos, atentos sólo a su interés particular, sin escuchar el anuncio de Noé, y a quienes les sobreviene de imprevisto el diluvio y mueren bajo las aguas. Es un recordatorio de la historia de Israel, de la necesaria escucha, obediencia y atención permanente a la voz de los profetas.

Sentido de la acción cristiana. La extraña historia de dos hombres y dos mujeres que realizan la misma labor y sin embargo, unos son raptados y otros no, sin explicitar el por qué. Pero si lo único que se señala de ellos es que hacían la misma cosa (trabajo de campo – arar, sembrar, cosechar – y moler), es ahí donde hay que buscar explicación. Significa que hacer lo mismo no les garantiza ser “tomados” o arrebatados (a la manera del profeta Elías). Es una crítica al sistema moralista de comportamientos miméticos y repetitivos de las convenciones sociales. No se trata de hacer lo que otros hacen o hacer lo mismo para alcanzar unas promesas, sino que lo esencial es hacerlo con buena intención, conciencia y sentido aquello que hacemos.

Vigilancia, preparación y fidelidad. Por último, aparece un padre de familia que con su actitud vigilante logra hacer frente a la sagacidad de un ladrón que aprovecha cualquier descuido para hacer sus fechorías. Lo mismo que en las anteriores imágenes, aparece allí la sorpresa de lo inesperado, frente a la cual el evangelista destaca la preparación previa, la previsión. Lo central de la actitud del padre descansa en mantener y cuidar la casa, lo que representa la actitud de fidelidad y responsabilidad de quienes asumen la vigilancia y cuidado del Reino de Dios.

La conclusión del texto es clara: “*Velad*, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir nuestro Señor” (42) y “Por tanto, también vosotros *estad preparados*, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis”

(44). La clave de comprensión del texto no es el cuándo o el cómo vendrá el Señor (eso no es posible saberlo), sino la atenta escucha a los profetas que anuncian la justicia y denuncian el pecado, la actitud de cuidado, el sentido de las acciones que hacemos en fidelidad al Reino. Los verbos *velar, vigilar, estar preparados* adquieren aquí un sentido de estar despiertos y ser cuidadosos. Vigilar, contrario al sentido actual de controlar y dominar, representa en el sentido bíblico *cuidar y velar por* la cercanía fraterna, por las relaciones de armonía, equidad y cuidado por el otro, el compromiso de amor y sanación de nuestras relaciones. Desde la perspectiva profética, es ser solidarios, buscar la paz y la justicia, defender al huérfano, la viuda y el extranjero.

Este texto invita a las comunidades del primer siglo a superar el cortoplacismo e inmediatismo. Les dice que la curiosidad por el cuándo y el cómo no es lo fundamental. Que lo importante es la actitud con que enfrentan su situación de exclusión y persecución, sin dejar de alimentar espiritualmente su cotidianidad (fiesta, trabajo, casa, familia), en el aquí y ahora; orientar su presente con esperanza, aún en medio de la crisis, hacia Dios y su proyecto de Reino.

Al igual que a las primeras comunidades cristianas, Jesús nos invita hoy a hacer memoria de la historia de salvación, asumir con sentido nuestro trabajo, hacer coincidir nuestras acciones con el plan de Dios, hacernos cargo de la vida propia y de nuestra casa-*oikos* (familia, comunidad, vecinos, país, naturaleza, montañas, ríos, mares, animales), confrontar las discriminaciones, injusticias, violencias, la destrucción ambiental, es decir, a vivir (como un “modo de vida”), como personas y comunidades en consonancia con el proyecto de vida del Reino.

Jesús viene este domingo de Adviento. El viene continuamente a nuestras vidas a través de las personas que encontramos en el trabajo, la comunidad, nuestro mundo. Este Adviento es la posibilidad de prepararnos para esperarle fielmente, en actitud de cuidado de nuestro prójimo y nuestro mundo; es la oportunidad para estar despiertos, alertas, atentos, no angustiados, ni con temor, sino actuando conscientemente, a la escucha y atentos a las voces de nuestro tiempo. Preparémonos para recibir al Emmanuel, al Dios-con-nosotros. Avivemos nuestra fe y nuestra esperanza porque el Señor verdaderamente viene a nosotros y nosotras. **Así sea.**

La Rvda. Loida Sardiñas Iglesias es diacona ordenada en la Iglesia Episcopal Anglicana, Diócesis de Colombia, donde ejerce su ministerio en la Misión San Juan Evangelista. Doctora en Teología por la Universidad de Hamburgo (Alemania); profesora de planta de la Pontificia Universidad Javeriana y catedrática de la Universidad Santo Tomas, en áreas de Teología Sistemática, Ecumenismo y Diálogo interreligioso, Ética, entre otras.